XIV Domingo del Tiempo Ordinario C

Nuestros nombres inscritos en el cielo

Los setenta y dos volvieron muy contentos y le dijeron a Jesús: Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre. El contestó: "Estad alegres porque vuestros nombres están inscritos en el cielo". San Lucas, cap. 10.

Esta primera expedición, que los discípulos evalúan con Jesús a su regreso, arroja resultados positivos. San Lucas anota que los mensajeros retornan muy contentos: Anunciaron la Buena Nueva, predicaron la paz, sanaron enfermos... hasta los demonios se sometieron a su palabra.

Sin embargo, el Señor les advierte para moderar su entusiasmo, que la verdadera alegría radica, no tanto en los prodigios y milagros, sino en saber que sus nombres están inscritos en el cielo.

Todos hemos pecado de ilusión en nuestros ensayos de vida cristiana. Cuando nos convertimos al Señor, creímos ingenuamente estar confirmados en gracia.

Hasta nos consideramos indispensables para Dios. Imaginamos nuestros proyectos apostólicos cómo los únicos viables y eficaces. Aun más: No sospechamos que entre quienes buscamos a Dios, fueran posibles las divisiones y los enfrentamientos. Creíamos que bastaba dar un paso adelante y todo empezaría a ser camino llano. Que el poder de Cristo le confería a todo lo nuestro un toque mágico, un poder invisible.

No estábamos vacunados con la indispensable dosis de realismo. Por eso, cuando la vida nos golpeó en el rostro, llegó también el desconcierto.

Unos perdimos la alegría, otros vacilamos en la fe. Otros nos refugiamos en una amargura sistemática. Abandonamos los propósitos iniciales e incluso llegamos a afirmar que era posible vivir el Evangelio.

Esto nos ha sucedido en el matrimonio, en la vida religiosa o sacerdotal, en el trabajo apostólico, en el diario acontecer de quienes pretendemos seguir a Jesús.

Pero el Señor nos garantiza una base indestructible, nunca minada por nuestros desaciertos: Su amor, que ha escrito nuestros nombres en el libro de la vida.

Aunque no realicemos milagros, aunque nos venza la inconstancia y nos derriben nuestros fallos, aunque la desesperanza diluya la alegría, El sigue amándonos y nos espera con el premio al final.

El desastre sólo ocurrirá si olvidamos que somos Hijos de Dios, sus herederos. Si nos envanecemos en los éxitos personales. Si imaginamos que es posible fabricar la primavera a golpes de nuestra azada. Si no abonamos cada mañana nuestro surco con la adecuada porción de sudor y humildad y arrojamos en él semillas de perseverancia.

Recordemos que también en nuestra medianía se complace el Señor. Que con nuestras palabras vacilantes también se anuncia la Buena Nueva, se predica la paz, se sanan enfermos y... hasta se someten los demonios.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y